

Psicología andante

A muchos les atraerá, en una ciudad de esparcimientos veraniegos, la observación del pequeño mundo elegante, lo que se llama—no sabemos por qué—la *ciudad*; pero este mundillo es igual en invierno que en verano, igual ante el mar que ante la montaña, igual en una gran ciudad que en una reducida ciudad estival.

La observación de este clan social pronto está hecha; visto y catalogado es ejemplar de uno de los tales veraneantes, están catalogados y vistos todos. No nos afanemos por observar lo que no vale la pena de ser observado; encaminemos nuestros pasos hacia otra parte. Lo importante, lo instructivo, lo que llega a ser hondamente estético y de un hondo valor sociológico, es observar en un país aquellos hombres en los cuales podemos encontrar un reflejo de la historia de ese país, de su pasado, de la raza nativa y originaria de él, aun de su arte y aun de su paisaje; hombres en los cuales se cumple—en la parte que tiene de exacta—la frase de un eminente geógrafo de que el hombre es un «accidente» de la tierra.

Pues seguir y estudiar y observar uno de estos *hombres-accidentes*, uno de estos hombres que llevan en sí una partícula de la historia, el arte, la raza, el paisaje de León, de Burgos, de Aragón, etc.; estudiar y seguir a uno de estos hombres, que no son eminentes en nada, que son vulgares, pero que tienen lo que los mundanos y cosmopolitas no tienen, vale para nosotros tanto como registrar un archivo, repasar un libro clásico o visitar un monumento histórico. En esta ciudad veraniega—San Sebastián—donde tantas gentes acuden desde las montañas y riberas aragonesas y desde las llanadas y estepas castellanas, el estudio en vivo de la tradición española, de la nacionalidad castellana, es sumamente fácil y supera en interés—como no nos cansaremos de repetir—la contemplación de las lidas y ventadas, tráfago y evaluaciones de parlamentarios, mundanos, deportistas y telaristas de todo género.

Acompáñenos el lector un momento en una breve excursión de psicología... veraniega. Un tipo de veraneante, un forastero, entre tantos forasteros, ha llamado nuestra atención en los pasados días. Se trata de un clérigo. El primer día que le vimos, apenas reparamos en él; le acompañaban otras dos personas; estaban los tres, silenciosos, inmóviles, junto al mar, en un paraje apartado del bullicio ciudadano. Es un cura vasco—pensamos—un cura acaso de la misma costa vasca; el pueblecillo donde viva estará cerca de San Sebastián; había venido hoy por la mañana y se marchará a la noche o mañana; se halla en este paraje, por donde apenas transurre gente, a causa de su amor a la soledad y al silencio.

No pensamos más aquel día en que vimos por primera vez a nuestro clérigo... que todavía no era nuestro, es decir, que aun no se había incorporado a nuestro espíritu, ni a través de quien no nos habían dicho nada una raza, un arte y un paisaje. Pero no precipitemos los sucesos. Algo de esta primera entrevista, o mejor, vista, había quedado en nosotros: el haber hallado a este clérigo en un lugar retirado, lejos del estrépito de la ciudad. De cara al mar, el cura y sus dos acompañantes, contemplaban en silencio el mar.

Segunda visión, al siguiente día: ante el mar también, en otro paraje igualmente discreto y apartado, volvemos a encontrar a nuestro forastero. Este clérigo,—pensamos ahora,— gusta decididamente del mar. No puede ser un cura de un pueblecillo de la costa vasca; si lo fuera, estaría cansado de ver el mar, y caso de ponerse a contemplarlo, lo que le atraería sería, no este mar libre y bravo que rompe en las rocas, sino el mar *urbano* de la Concha, el mar de los bañistas, el mar elegante. Este cura,—seguíamos pensando,— puede ser vasco, pero del interior, no del litoral. Ya más interesados en este pequeño problema de psicología, reparamos en los dos acompañantes del misterioso clérigo: son una mujer, ya anciana, y un mozo. La mujer va sencillamente vestida, con un traje casi negro; el chico lleva un boina, un trajecillo de pana y unas gruesas botas. La indumentaria de la mujer puede ser tanto de una moradora de la tierra vasca como de la tierra castellana, ó de la andaluz ó de la extremeña. Pero en el traje del mozo, especialmente,—hay algo que no es vasco. Y en general, en uno y otro personajes existe un matiz de seguridad, de rigidez que no puede ser producto de este clima dulce y suave, blando, de cielo bajo. ¿Y el cura?

Ahora vemos mejor al cura; sus hábitos aparecen limpios, sencillos; ni son hábitos de un cura remilgado, atildado, ni en clérigo toscano, desahogado. Lo que resulta de esta toana y en este ropón es lo que constituye el supremo lujo, de más alto buen gusto: la limpieza. La faz de nuestro clérigo va cuidadosamente afeitada; es de piel ruda, roja, soleada, morena; son regulares y limpias las facciones: en esta cara resalta la nariz: una nariz noble, suavemente encorvada, que hace resaltar unos labios ligeramente gruesos, sensuales. Se descubre en este hombre la energía, la simplicidad, la rudeza de quien se halla

constantemente en contacto con la tierra, viviendo en pleno campo; pero al mismo tiempo formando contraste con tal rudeza y siendo extraordinariamente realizado por ella, un espíritu de inteligencia, de firmeza, de penetración aguda y constante. Un rasgo postrero que acaba de completar el retrato: nuestro clérigo lleva sobre los hombros un amplio gabán negro, obrado de recio paño, que cubre por todo la figura hasta el cuello en líneas simples, severas, y que contribuye a dar a la cabeza de nuestro retrato todo su aire de elegancia, de severidad y de expresión. Pensad en los viejos castellanos, ó aragoneses, con sus recios ropones, que Rosales ha puesto en su *Testamento de Isabel la Católica*.

Tercera y última visión ó etapa de esta andante psicología: durante algunos días hemos podido comprobar que la tierra aragonesa da a la ciudad veraniega un copioso acarreo de forasteros. Cuando una vez más hemos encontrado a nuestro clérigo, siempre ante el mar, siempre en contemplación de la infinita llanada, nos hemos acercado más al grupo y hemos procurado escuchar, no lo que hablaban el clérigo y sus acompañantes, sino *cómo* hablaban. Nuestras sospechas estaban ya sentadas del lado de Aragón; esta faz física y fuerte a la vez, no podía ser más que aragonesa; esta nobleza y al mismo tiempo esta sutileza no podían haber sido producidas por la tierra que dió nacimiento a un Gracían y a un Fernando V. Cuatro palabras escuchadas al azar, cuatro palabras de neto deje aragones, nos han confirmado en nuestras conjeturas. Ya el problema está resuelto: esta cara es la misma cara de Alfonso VI que vemos en la magnífica medalla que se guarda en el Museo Arqueológico; y la psicología que revela esta faz tan fuerte y sutil podrá resumirse, sin duda, en la frase de Gracían hablando de Fernando V: «Su excelencia fué hacer la guerra con pólvora sorda. O sea: ductilidad, cautela, comprensión, inteligencia».

Ahora pensad en el noble y austero paisaje aragones; en aquel paisaje que otro aragones de casta—Don José Mor de Fuentes—ha pintado tan admirablemente en su novela *La Serafina*, haciendo entrar por primera vez, de una manera moderna, el paisaje en la literatura castellana.

San Sebastián, agosto.

AZORÍN.

Cotidianas

Bien quisiera hablar de ese *patmoso memoria* que según aseguran *los patmosos de Inaudi* en *mantillitas al famoso calculador Inaudi*, con la *sentencia de que la memoria es intuición del guiarismo añado de la palabra*. Pero es tan inaudito el caso y ofrece tan copiosa materia a la investigación de psicólogos, fisiólogos, antropólogos, frenólogos y otros logos menores, que fuera temeridad meterse como en un *laboratorio en las anfractuosidades del cerebro humano*.

Porque Inaudi y los que antes de él *asombrobraron a sus coetáneos con prodigiosos cálculos e incomprendibles retentivas*, nacieron ya dotados de *esta facultad, ó mejor dicha, fú y desde la infancia incomparablemente más vigorosa que en los demás hombres*. Pero el *joen sacerdotale que en la provincia de Poncederra vivia oscuramente dedicado a la cura de almas no vió surgir en él las admirables facultades retentivas a que debe su reciente fama hasta después de convalecer de una grave enfermedad*.

La evidencia de los hechos deja en este caso del *patmoso de Inaudi*, la *práctica de permanecer esfuerzando mental que en el común de las gentes son condiciones sinecuánicas para que la potencia anímica se manifieste y actualice*. Parece como si en lo íntimo de nuestro ser ardiera una *chispa divina*, con fulgores de omnisciencia eclipsada por la *tupida pantalla de la parte corpórea de nuestra personalidad*. ¿Quién sabe si la dolencia sufrida por el *ya famoso sacerdotale* Sayana dejaría algún desgarrón en la *pantalla de su organismo físico*? Respondan los sabios si a tanto llega su ciencia, y reconozcamos que aún *falta por descubrir y estudiar en la naturaleza humana mil veces más de lo descubierto y estudiado por cuantos se ufanan de saber que no sabemos cómo brota la flor del capullo ni cómo el pensamiento del cerebro, cuanto menos por qué un hombre *cuando memoria no alcanzaba antes de caer enfermo a recordar los nombres de los cuervos de su distrito, es capaz, al levantarse ya sano de la cama, de recitar de corrido las fes de bautismo de todos sus feligreses, como Mirinda pasaba lista de memoria a todos los soldados, oficiales y jefes de su poderoso ejército*.*

Para mejor estudiar estas monstruosidades de la *inteligencia humana*, podría intentar con los *calculadores prodigiosos una prueba decisiva*. En vez de presentarles los problemas ya planteados de modo que en su resolución *no haya de intervenir el raciocinio matemático casi fonográfico de las operaciones algorítmicas*, presentémosles el problema en enunciado, a ver si lo discuten y plantean con tanta *facilidad y rapidez como lo resuelven luego de discutido y planteados las correspondientes ecuaciones*. Ahí está el *verdadero problema psíquico de los calculadores prodigiosos*.

ALFÉRIQUE

Cartas de un filósofo rústico

TURISTA EN BARCELONA

La otra casta de seres privilegiados a quienes aludo en mi anterior epístola, Pedro amigo, es la de los que manejan automóvil, ya sea como simples criados, ya como propietarios de estos coches que así Dios me salve todavía más que en las estampas. Dichoso tú que así solamente las has visto, en estampa.

Figúrate que en esta colmena, y digo colmena, no sólo por lo enorme de la población, sino porque vive ella en celdillas yuxtapuestas, hay momentos en que en ciertos sitios no va a parar un paso, por la aglomeración espantable de gentes, de carros, de coches, de tranvías, de toda suerte de vehículos... Pues en estos instantes, precisamente, es cuando a lo mejor ves llegar un auto de esos, como una exhalación, atronando el aire con los bramidos de sus bocinas que así Dios me salve como que parecen los de un toro bravo.

Como son tan brutos, la gente se aparta cuanto puede, porque prefiere la embestida de cualquier cosa a la de uno de esos autos, y ellos, en cuanto ven un buequecito de sí el paso no es, por ahí se meten y si enzarzan a uno lo enzarzan y lo echan al otro mundo, y, si no, pasan como almas que lleva el diablo. No sabes los sustos que me he llevado con esto, así es que en cuanto de lejos oigo la consabida bocina, no paro hasta meterme en cualquier tienda y pregunto el precio de los papeles que se soliviana a uno y voy a pedir al Municipio, a la Provincia ó al Estado que cree una contribución a la suerte de graba para poder atravesar al paso de esos autos cualquier cosa que les pare a los tumbos en su loca carrera. Porque si pagas contribución a los coches puedes hacer lo que te venga en talante.

Yo, al principio, cuando veía correr tan desahogado a esos autos, creí que iban a cumplir alguna misión salvadora, alguna obra de misericordia de esas que requieren gran urgencia, como transportar heridos, ir a pagar impuestos, que en estos tiempos son caros. Así se lo dije a un señor que a mí le miraba en la Rambla, como yo, la carrera desentrenada de dos de esos autos.

Mírame el caballero aquel en la misma sorna con que me había mirado el manebdo de las lizas, y como que me decía: «No me desees las obras de caridad van esos; los unos a darse pisto por ahí ó atropellar gallinas, perros, gatos y a tal cual hombre, mujer ó niño por los afeuras y los otros a llevar y traer gente del «Edén Concert»».

Edén Concert, Edén Concert... Con mi natural inclinación por lo que me gusta, me metí otro día a ver la pata y resolví desde aquel momento no hacer preguntas a nadie más que a los urbanos, que son unos ministros con cascara roja y por lo serios que parecen no usarán conmigo de tanta sacrontería.

Lo que yo he comprendido es la verdad de una gran verdad que es lo que me sucede acerca de los que usan ó abusan de esos autos. Lei que precisamente los que no tienen cosa alguna que hacer son los que van tan aprisa. Y ello parece que es exacto, pues para poseer un diablo de esos se necesita mucho dinero y ya se sabe que el que tiene mucho dinero no tiene ni que decir una palabra. Son los que han menester horta y media para lavarse y vestirse, los que para cada comida y por ahí...

Pero ahora que lo pienso mejor, advierto que acabo de decirte una porción de majaderías; es que si simplemente estas gentes tanto por ahí, como en las lizas, luego les falta tiempo para ir...

Nada, nada, Pedro amigo; será cosa de liar el petate y volverme a casa, porque de día en día, al verme ante tanta civilización, un parece que voy siendo más rústico y menos filósofo.

Amigo y dueño: Ya no te hablo más de los seres privilegiados y contribuyentes, por temor de que me salga al paso algún arbitrista y me ponga como no digan dueños, porque dirá que lo que estoy haciendo es vor si secan algunas fuentes de riqueza ó seese sacando dinero al Estado, la provincia y el municipio, y yo, lo que son ríñas, no las quiero con nadie.

A lo mejor puedes salirte el honorable gremio de organdilleros ó el snarivismo de los automovilistas y te ponen un pleito, ó viene una comisión de la sociedad de ellos y me da una paliza por meterme en lo suyo, cuando yo, la verdad, no me meto más que en lo mío, es decir, en la guarda y conservación de mi pellejo.

Y sociedades y gremios de estos los hay como monas en pocilga, según me dice el sabio y humano bastante ponderado compañero mío de compaña; de quien ya te hablé. Como éste lo sabe todo, conoce hasta los reglamentos de estas varias sociedades.

Las cuales, según me enseña mi rústiquez, más que mi desmeadura filosofía, suelen ser más que un pretexto para que uno se dé tono de presidente y otro de secretario y van allá y paguen los demás la cuota correspondiente, y algún otro forme parte de la comisión. Porque debo advertirte que aquí todo se resuelve nombrando comisiones y haciendo juntas. Por cualquier cosa se reúnen juntas, pues sin junta comisión no puede dar un paso. Porque tiene una tal fuerza cómica el personaje de una comedia de don Angel Guimerá que a cada dos por tres pide junta. Hay quien se pasa la vida en estos troyes.

Bueno; pero este buepued que te digo y a quien tengo que soporarse en mi modesta yastara, conoce los reglamentos y la fluallidad, como dicen ahora, de cada una de las

sociedades que te digo, y por de contado, sus nombres. No te diré yo cuáles son, de fijas; mas por lo regular suelen tener de común los nombres que la sociedad, lo mismo que un huevo con un saco de lentejas. A una sociedad, por ejemplo, de barberos, la llamarán «La Comisión capilar», y a una de caldereros «La Armonía metalúrgica».

Gobernador yo, no le consentiría este abuso y hasta que no me aseguraran que me es adecuado a la casa no les permitiría que hiceran junta, que es el peor castigo que les puede dar a los manongeadores de las sociedades que te digo.

Y no hablo de las sociedades ó círculos formados por forasteros residentes aquí. Eso va aumentando de día en día. Primeramente fundó un Círculo la colonia francesa. Esto, al fin y al cabo, no está mal, porque puede ser un sistema de estrechar sus relaciones los de una misma nación y hay aquí muchos franceses. De franceses nada digo, porque a ciertas horas, por la Rambla del Centro, no oyes más que mujeres hablando francés. A mí se me han dirigido muchas; pero como no entiendo jota de gabacho, levanto los hombros, me pongo la una del pulgar entre los dientes, haciéndola dar un chascido, y ellas se van Rambla arriba riendo como unas locas.

Bueno; pero me te decía, no está mal que haya círculos para las colonias francesa y la alemana y la aragonesa y la castellana y la gallega y otras así, regionales; pero al paso que vemos, con el afán de algunos para ser presidentes ó secretarios de algo, las ves ó veras subdivididas en provinciales, comarcales y por último locales, y así tendremos a tendrán estos indigenas y trashumantes, círculos mataleporquenos, alcantaneses y por ahí. Todo será que *crystalizan*, como dicen ahora, el espíritu de ser presidentes y hacer juntas.

Parece, según veo, que a éstas de todas las cosas está en esto de *crystalizar*. Crystalizan los pensamientos, crystalizan las opiniones, crystalizan los proyectos y aun los movimientos crystalizan. ¡Mira tú que crystalizar un movimiento! No busques cosa de provecho si no crystaliza.

Lo que yo quisiera es que crystalizaran en este mismo instante las dos manos y los brazos correspondientes del organelero que ha empezado, mientras esto escribo, a darme la consabida serenata.

Así pongo punto y cierto la carta, porque en oyendo esta música no hay más remedio que escapar.

EL LICENCIADO PABILLLOS.

Hojeando la prensa

De *La Epoca*: «El señor ministro de Hacienda se dedica estos días a estudiar, con uno de los principales proyectistas, técnicos de aquel departamento, algunos bosquejos de proyectos ó de reforma de los presentados al Cortes para buscar el medio de elevar los ingresos del Tesoro, en vista de las desgravaciones hechas sin compensación, y de los conceptos de gastos. «No sabemos si se volverá al célebre proyecto del impuesto a las rentas, que con el nombre del reforma del gravamen sobre cédulas presentadas en el Cortes, y que se trata de dar un nuevo impulso a las rentas para reforzar el Tesoro, que se halla exhausto, gracias a la política económica deplorable que sigue el partido liberal».

De *El Universo*: «Los que pretenden poner en duda el estado anárquico del venoso país, sólo les indicaremos el hecho reciente de la huelga de los corcholaneros, que han llevado a incendiar varias fábricas, impidiendo, al mismo tiempo, que se hicieran seguros y recursos para atajarlos, hasta poniéndose enfrente de las fuerzas del zobierno. Ha sido este atropello de tal magnitud, que ha levantado general protesta entre la gente honrada de Portugal, dirigidas a los criminales incendiarios y a las torpes autoridades, que no se atrevieron a reprimirlos, delatándose en vez de a la más torpe de las torpes».

También en el extranjero ha provocado grandes y justísimas críticas y censuras, tanto que los gobiernos de las principales potencias se han sentido precisados a una pronunciada diplomática para ver si así logran que Portugal se libere del venenoso virus demagógico que le corroe y mata. «Pero ésta es sólo uno de tantos abusos, porque allí se ha tolerado que las turbas canallas y viles de la Carbonaria destrocen a machetazos la imprenta de la *Correio de la Matana*, dando un hermoso ejemplo de su amor a la *independencia*, de su culto por la *justicia* y de sus condiciones de *ilustrados*, *liberales* y *respectuosos con la propiedad»*.

En los presentes tiempos republicanos de Portugal se ha dado el caso estupendo, único en la historia de los países que se llaman *democracias* de haber suprimido todos, sin una sola excepción, los diarios monárquicos y republicanos independientes, la mayoría por procedimientos tan suaves y sencillos como el ya relatado de *El Correio de la Matana*.

Ahora se respeta así a los extranjeros en el país lusitano. El ejemplo, el caso ya citado de varios jóvenes de Tuy, que fueron invitados por otros de Valenza a jugar en dicha ciudad una partida de *foot-ball*, que no pudo terminarse por las interrupciones y canaladas de los portugueses republicanos de los que se hizo una limpia sobre nuestros paisanos, mientras las autoridades locales se reafianaban con el suceso.

No queremos continuar relatando vejámenes, atropellos y abusos, pues llenaríamos todo el periódico sin que por eso convenciéramos más a nuestros lectores de que es necesario cambiar el estado de bárbara disidencia, de demagogia furiosa y de completa anarquía que tiraniza y destruye a Portugal».

De «Fablán Vidal» en *El Mercantil Valenciano*: «Días pasados, en Vicálvaro, un alcalde conocido por el Fablán para que se acordara una capta. Hubo, en dos horas de espectáculo, un muerto, seis heridos graves y quinientos leves. Los que salieron ilesos se hacen levas de la diversión, lo mismo que a los espectadores les sucedería lo propio. Ya oigo a algún aficionado intrínseco llamarme cualquier cosa fea, y sostener que las corridas de toros son un espectáculo que los castaños salvajes y que deben ser suprimidas las segundas y las primeras fomentadas. No. Según graves daños en el caso es necesaria para que la *invenida* supranada a la boca,